

Cristina Cubas, violín
Silvia Carrera, piano

I

FELIX MENDELSSOHN (1809-1847)

Concierto para violín en Mi menor, Op. 64
I. Allegro molto appassionato
II. Andante
III. Allegretto non troppo-Allegro molto vivace

II

LUDWIG VAN BEETHOVEN (1170-1827)

Romanza en Fa Mayor op. 50

NICOLO PAGANINI (1782-1840)

Cantabile

FRIEDRICH KREISLER (1875-1962)

Preludio y Allegro

EMILIO OTERO (1951)

*Aquilegia para violín y piano**

MANUEL DE FALLA (1876-1946)

Danza española de "La vida breve"

* ESTRENO ABSOLUTO

2 DE JUNIO DE 2014. 20.30 HORAS

Cristina Cubas, violín

Santander, 1998, estudia en el Conservatorio Profesional de Música Jesús de Monasterio de Santander. Ha sido galardonada en varios certámenes entre los que destacan el Primer Premio en la categoría de cuerda frotada y Accésit especial Miguel Ángel Samperio como ganador absoluto en el I Concurso Regional de Jóvenes Intérpretes del Conservatorio de Torrelavega, Primer Premio y Medalla de Oro en Música de Cámara en el Festival Guipuzcoano de Acordeón Arrasate, y Finalista en el X Concurso Internacional Violines por la paz y el IV Concurso Nacional de violín Marcos Pedro Moreno Jiménez.

Ha actuado en numerosas salas, como el Palacio de Festivales y el Teatro Casyc de Santander, el Parlamento de Cantabria, el Teatro Concha Espina y el Círculo de Recreo de Torrelavega, el Auditorio de Pola de Siero, el Teatro Amaia de Mondragón, el Teatro Jardincito de Córdoba o el Teatro Gullón de Astorga; e internacional, con su participación en el Festival de Música de Crans-Montana (Suiza).

Actualmente está finalizando el quinto curso de Enseñanzas Profesionales bajo la dirección de Paula Bolado y Amaia Dourgarian, y mantiene una intensa actividad concertística siendo miembro de varias formaciones, como el Quinteto +q Tango, la Orquesta de Cámara AEDEA, de la que es concertino y con la que ha interpretado de solista el Invierno de Vivaldi; la Joven Orquesta Sinfónica de Cantabria (JOSCAN) y la Orquesta Autónoma de Cantabria (JOAC).

Silvia Carrera, piano

Natural de Asturias, inicia sus estudios de piano en la Escuela Municipal de Música de Coria con M^a Carmen de la Rosa. Realiza el Grado Medio sucesivamente en el Conservatorio Profesional de Música García Matos de Plasencia y en el Conservatorio Jesús de Monasterio de Santander con las profesoras Adela Prieto, Marta Gamaza y Rosa Goitia. Continúa su formación en el Conservatorio Superior de Música del Principado de Asturias bajo la dirección de Teresa Pérez, licenciándose en la especialidad de Piano Solista.

Posteriormente realiza un postgrado de Experto Universitario en Análisis e Interpretación Musical en la Universidad de Oviedo con el maestro Josep Colom. Ha sido becada por la Fundación Botín para realizar sus Estudios Superiores y para su perfeccionamiento pianístico. Ha actuado como solista junto a diferentes orquestas, como la Joven Orquesta Sinfónica del Principado de Asturias, de la que ha sido becaria, o las orquestas Sinfónica y de Cámara del CONSMUPA. También ha colaborado como maestra repetidora en varias formaciones corales, entre ellas el Coro Lírico de Cantabria, y ha sido miembro del Trío Ataúlfo Argenta, grupo de cámara titular de la Real Sociedad Menéndez Pelayo.

Profesora especialista de Repertorio con pianista acompañante del Conservatorio Superior de Música del Principado de Asturias durante los últimos tres años, actualmente desarrolla su labor docente en el Conservatorio Profesional de Música Jesús de Monasterio de Santander.



Cristina Cubas, violín
Silvia Carrera, piano

RESERVA DE ENTRADAS ONLINE EN WWW.FUNDACIONBOTIN.ORG
Se ruega puntualidad. Sólo se garantiza la reserva hasta cinco minutos antes del concierto
No está permitida la entrada y salida de la sala durante los conciertos

2 DE JUNIO DE 2014. 20.30 HORAS





Notas al programa

El concierto de hoy consta de piezas originales y transcripciones, con un programa que nos acerca en sus cuatro títulos iniciales (Mendelssohn, Beethoven, Paganini, Kreisler) un violín romántico, a ratos contenido, otros apasionado; a ratos virtuosístico, siempre expresivo; de considerable carga emocional antes que formal o intelectual, a continuación un estreno absoluto de uno de nuestros valiosos compositores cántabros en activo, Emilio Otero, y que concluirá con una muestra temprana de la personalidad musical siempre inconfundible de Manuel de Falla.

FELIX MENDELSSOHN (1809-1847) cumple ciertos clichés del artista genuino salvo quizá uno característico. Así, fue precoz (dio su primer concierto con nueve años; apenas seis años después componía su *Octeto* y enseguida la *Obertura para El sueño de una noche de verano*. Se ha comparado su prodigiosa capacidad con la de un Mozart), murió joven (con 39 años), sin embargo, su carácter no fue problemático ni atormentado. Al contrario, nada excéntrico, se mostró siempre persona complaciente, suave, educada. A Mendelssohn debemos, no sólo su gran

música, de una inspiración melódica muy notable; también los inicios de la recuperación de la música del más grande, Juan Sebastian Bach. Lejos de todo malditismo, Mendelssohn fue, además, autor de éxito que gozó de gran popularidad en vida, tanta que su funeral, multitudinario, incluyó un coro de seiscientas voces. Su *Concierto para violín y orquesta*, en mi menor, op. 64, se convirtió desde muy pronto en pieza clave del repertorio violinístico internacional, uno de los conciertos más populares e interpretados, hasta el punto de que nos aventuramos a asegurar, y posiblemente no nos equivoquemos, que no pasa un minuto sin que en alguna parte del mundo estén sonando algunos de sus compases. Data de 1845, y su elaboración debió de ser trabajosa, a juzgar por los seis años que el autor tardó en completar la partitura. Se trata de una obra en ciertos aspectos muy original para su tiempo, como el hecho de que los tres movimientos vayan enlazados (el primero dura alrededor de trece minutos, el segundo unos ocho, y el tercero unos siete, pero los tres se suceden sin solución de continuidad), o que el violín entre en el mismo comienzo de la obra, –con un tema,

por cierto, de gran contenido emocional, que marca la pauta del altísimo nivel de inspiración de todo lo que sigue–, cuando lo habitual hasta entonces era que el instrumento protagonista se incorporase después de una introducción orquestal. La *Romanza en Fa mayor* op. 50, de BEETHOVEN (1770-1827), fue escrita en 1802 y publicada en 1805. Se trata de una pieza quizá de circunstancias, al menos poco ambiciosa, claramente inscrita, no solo por fecha de composición, también por alcance, en el final de la primera de las tres etapas creativas de Beethoven; un Beethoven que todavía se muestra abiertamente deudor de sus antecesores Mozart y Haydn, a través de una música, eso sí, hermosa, agradable, un punto nostálgica, pero sin mayor novedad creativa que la de su propia belleza acariciadora, lo que no es poco, desde luego. La pieza dura alrededor de nueve minutos.

Oiremos a continuación el *Cantabile* del genovés NICCOLÒ PAGANINI (1782-1840), con una duración de apenas tres minutos y medio. Paganini, como sabemos, es uno de los grandes intérpretes virtuosos del violín de la historia, inventor de no pocas nuevas técnicas en su instrumento que todavía

hoy forman parte de los recursos de un compositor. No es, sin embargo, el *Cantabile* que escucharemos esta noche una de sus piezas diabólicamente virtuosísticas. Al contrario, nos hallamos ante una música serena, expresiva, de gran belleza, constantes sólo alteradas por puntuales momentos de cierto arrebató; un soberbio ejemplo de lo que denominamos ‘melodía acompañada’, es decir, un instrumento que canta, en este caso el violín, y otro, el piano, que cumple un papel primordial pero siempre desde un segundo plano, sosteniendo la armonía, alimentando el motor rítmico de la música.

Y si el italiano Paganini se cuenta en el grupo de los más grandes virtuosos, a dicho grupo se incorpora alrededor de un siglo después el vienés FRIEDRICH KREISLER (1875-1962), en virtud de unas capacidades musicales que podemos paladear, no sólo por referencias escritas sino ya de manera directa, gracias a las numerosas grabaciones que nos han llegado del propio violinista, algunas de ellas de año tan temprano como 1910. Como compositor, Kreisler escribió cuartetos de cuerda, operetas, también piezas en estilo dodecafónico (la técnica

compositiva implantada por Arnold Schoenberg en la década de 1920, que establece la disonancia como centro del discurso), y, sobre todo, un repertorio de piezas de salón que se siguen interpretando en abundancia hoy, donde destacan *Liebesleid und Liebesfreud* y *Schöne Rosmarin*. En cuanto al *Preludio y Allegro* que escucharemos esta noche, el propio autor afirmó que provenía de un manuscrito con el que se había topado en un convento del sur de Francia, con obras, entre otros, de Pugnani (un compositor del siglo XVIII). La realidad es que la obra es original de Kreisler, hecho que se destapó en 1935, cuando él mismo confesó su engaño. Pero no fue el de este título el único caso de equívoco que promovió el propio Kreisler, seguramente llevado por la incómoda sensación de que estas piezas suyas pudieran quedar desfasadas en el mismo momento de ver la luz, al nacer en un estilo arcaizante (cosa que no sucede; es música bien viva, como demuestra el hecho de que se sigan interpretando tanto en todo el mundo, sin ir más lejos hoy aquí mismo). Así, su citado *Liebesleid* se atribuyó falsamente a Joseph Lanner; la *Pregghiera* y el *Andantino* a Giovanni Battista Marini;

La *Précieuse* y *Aubade Provençale* a Louis Couperin; *Menuet* y *Allegretto* a Nicola Porpora; otro *Allegretto* a Luigi Boccherini; un *Grave* a Wilhelm Friedemann Bach, etc., como se ve, autores todos en torno al siglo XVIII, lo que nos anuncia el registro en que se desenvuelven nuestro *Preludio*, de gran expresividad, de impulso intenso, apasionado, y el subsiguiente *Allegro*, en el que apreciamos algo del virtuosismo interpretativo y compositivo del propio Kreisler, con pasajes en dobles cuerdas, rápidas notas repetidas jugando con el uso de cuerdas al aire (el sonido que produce una cuerda frotada por el arco pero que no está siendo pisada por ningún dedo de la mano izquierda), recursos que, sin embargo, no diluyen ese regusto neobarroquizante al que se abandona, como hipnotizado, el autor. Tenemos la satisfacción, como dijimos, de encontrar en el programa de hoy el estreno de uno de nuestros compositores cántabros. Se trata de EMILIO OTERO (Santander, 1951), músico de amplia formación clásica y, también, gran conocedor del mundo del jazz. Para introducirnos a su obra, Otero recurre a su amigo y colaborador el escritor Antonio Casares, quien nos dice: “La música de

Aquilegia, enigmática como su nombre, invita a elevarse hacia las esferas pitagóricas para escuchar la armonía secreta del universo. Las manos se deslizan por el piano de las estrellas y el violín sueña con alcanzar la plenitud de los últimos arcanos. Danzan las vestales en el templo de la naturaleza, danza el dios Pan entre las frondas, danza la luna desnuda sobre el mar, danzan los corazones como derviches en la noche infinita de las constelaciones. Es el éxtasis. Estamos soñando y nunca queremos despertar. Ícaro vuela hacia el sol de la belleza en busca de la flor azul de Novalis que devolverá al cosmos el místico esplendor y el deslumbramiento de la música visible.” La pieza, de una duración aproximada de siete minutos, está dedicada a Cristina Cubas y Silvia Carrera, las intérpretes que la estrenan hoy. Por último, escucharemos *Danza española de La vida breve* del universal gaditano MANUEL DE FALLA (1876-1946). *La vida breve* es una ópera que Falla compuso en 1905, para un concurso, cuya trama se desarrolla en Granada, centrada en el amor imposible de Salud, gitana, y Paco, señorito, y que no lograría estrenar hasta 1913, en París,

traducida al francés. Esta ópera no se interpreta mucho en la actualidad, pero la *Danza española* que oiremos esta noche constituye uno de los hits de Falla, del que existen diversas transcripciones para distintos instrumentos; una magnífica pieza cuya escritura, de alto grado virtuosístico, nos sumerge en una expresividad muy racial a la que episódicas rupturas, más introspectivas, añaden poéticos y emotivos contrastes.

Esteban Sanz Vélez